

## PATRONES SOCIOLINGÜÍSTICOS DE LA ONOMÁSTICA

CARMEN FERNÁNDEZ JUNCAL  
*Universidad de Salamanca*

### RESUMEN

El propósito de este artículo es doble: por una parte, repasar las funciones que desempeñan los nombres propios, especialmente los sobrenombres o epiclesis dentro del sistema antroponímico. Por otra parte, se analizan los patrones que presentan el uso y aplicación de este tipo de nombres dentro de una comunidad semiurbana en proceso de reestructuración social y atendiendo a las variables sexo y edad. El resultado es una intersección entre un modelo de estabilidad generacional y uno que permite ver indicios de cambio.

*Palabras clave:* Sociolingüística, Socionomástica, Antroponimia.

### ABSTRACT

The aim of this article is twofold: on the one hand, it attempts to re-examine the functions of proper names, especially nicknames or epicleses, in the anthroponymic system. On the other hand, it studies the patterns of use and application of this kind of names in a semiurban community taking sex and age as independent variables. The conclusions reached point to an intersection between a generational stability model and a change-in-progress model.

*Key Words:* Sociolinguistics, Socionomastics, Anthroponymy.

1. El nombre propio y muy especialmente los nombres que designan a personas (antropónimos) tienen un comportamiento muy específico dentro de la clase nominal, no sólo desde el punto de vista de la gramática sino que además muestran características de interés desde el punto de vista semántico y sociolingüístico<sup>1</sup>.

Las funciones más importantes de un nombre son, en primer lugar, individualizar e identificar: por una parte, el nombre permite que reconozcamos nuestro yo personal, permite diferenciarnos de los otros y disponer de una entidad autónoma. La personalidad humana está ligada al nombre que la individualiza, de forma que una evoca la otra indisolublemente. En palabras de Pliner 1966, p. 93,

el nombre es, en cierto modo, la representación en cierta forma simbólica, del individuo. Es el sentido mágico que el hombre primitivo atribuye a su nombre y que perdura, inconsciente y juridizado, en la civilización evolucionada.

<sup>1</sup> Un exhaustivo panorama sobre el comportamiento morfosintáctico de esta clase de palabras se encuentra en Bajo Pérez 2002.

Por otra parte, el nombre propio se convierte en un deíctico, que nos permite señalar un ente en unas coordenadas de espacio y tiempo. Se trata de un tipo muy especial de deíctico, lo que algunos llaman un designador rígido<sup>2</sup>, que permite la identificación de personas, lugares o cosas sin verse concernido por las coordenadas de espacio y tiempo<sup>3</sup>.

Otra función de los nombres es clasificar; es decir, el nombre aporta información sobre el sujeto que lo lleva. De esa forma, sitúa al individuo dentro de la estructura social, bien a través del apellido, cuya significación social permite la identificación de filiación y también de estado en las comunidades en las que se adopta el nombre del cónyuge, bien a través del propio nombre, que puede servir, por ejemplo, como indicador del sexo de quien lo lleva<sup>4</sup>. En este caso el nombre propio es algo más que un simple deíctico. Las funciones de identificación y clasificación parecen antagonistas: cuanto mejor se clasifica, peor se identifica, o lo que es lo mismo, lo que se gana en referencia social se pierde en identificación.

En algunas culturas el nombre define a la persona por las cualidades que encierra en su significado. Por eso, muchos pueblos se extrañan ante nombres de personas extranjeras que no significan nada o cuyo significado no coincide con las cualidades del sujeto. Por el sentido de definidor de la persona que lo lleva, es normal para algunas culturas que las personas cambien de nombre a lo largo de la vida tal y como ocurre con la clasificación de otros seres vivos que tienen un desarrollo a lo largo del tiempo, como es el caso de algunas plantas y animales que reciben diferente nombre en función de su estado<sup>5</sup>.

En resumen, resulta evidente que, aunque aporta información sobre el sexo, sobre la integración en una generación<sup>6</sup> o sobre la pertenencia a una determinada clase social<sup>7</sup>, el nombre no se convierte en un «mar-

<sup>2</sup> Kripke 1972.

<sup>3</sup> La función identificadora del nombre se percibe en prácticas antiquísimas. No posee únicamente una utilidad individual: es una necesidad del ordenamiento jurídico. Sin embargo, no es un procedimiento infalible, por lo que se suele recurrir a otras vías complementarias.

<sup>4</sup> El procedimiento no siempre es eficaz, ya que existen nombres aplicables a ambos sexos, como *Rosario* o *Trinidad* para el español.

<sup>5</sup> Los Nuer tienen varios nombres a lo largo de su vida: dos cuando nacen (uno lo decide el padre, otro, los abuelos maternos); heredan además otro nombre, perteneciente al clan. Además reciben otros nombres según las etapas de su vida –el *nombre de buey*, en el rito de paso de la iniciación, el nombre de su padre o de su madre cuando ya está demasiado crecido para llevar el nombre de buey y después un tectónimo que hace referencia a su hijo (*padre de*)–. (Evans-Pritchard 1964). Lo mismo ocurre en China, donde se producen frecuentes cambios de nombre por parte de quienes van a establecer contactos (por emigración o comercio fundamentalmente) con personas occidentales y cuyo nombre ofrece dificultades de pronunciación y memorización para esos occidentales. Antes se elegía un nombre sencillo (*David* y *Mary*, sobre todo). Actualmente los nombres elegidos son más sofisticados y reflejan las nuevas tendencias, los nuevos valores de la sociedad china, de forma que encontramos nombres como *Manchester United* o *Skywalker*.

<sup>6</sup> Intuimos, por ejemplo, que *Jessica* y *Jonathan* serán jóvenes frente a *Martirio* y *Aureliano*.

<sup>7</sup> Ocurre con la selección de determinados antropónimos o con elementos como el ordinal en el mundo anglosajón. Cf. Lieberman 2000.

cador» infalible de la persona que lo lleva, en contra de ciertas creencias que defienden el poder creativo de las palabras; es decir, que identifican a la persona con su nombre.

Finalmente, el antropónimo, además de estas tareas, puede convertirse en símbolo de identidad nacional. La elección y el cambio de un nombre llevan en ocasiones implícito un deseo de recuperar o intensificar las semejanzas que unen a la comunidad<sup>8</sup>. De igual manera, al ser muchas veces el nombre la expresión de un deseo, podemos ver en los nombres propios el reflejo de los valores de nuestros ancestros, aunque ahora hayan perdido su significado original<sup>9</sup>. Muchas veces, sin embargo, la identidad nacional es relegada por la influencia de pueblos poderosos económica, social o culturalmente: por eso los nombres de origen inglés están extendidos por todo el mundo como reflejo del poder socioeconómico que está ligado a la lengua inglesa. Esta influencia del exterior puede llegar incluso a situaciones irreversibles: se considera que una de las etapas de la muerte de una lengua se manifiesta en la adopción de nombres de la lengua mayoritaria<sup>10</sup>.

## 2. Los nombres epicléticos<sup>11</sup> o sobrenombres muestran rasgos que los diferencian patentemente de otros nombres propios. Letelier 1906

<sup>8</sup> Es lo que Inoue 2002 constata: después de la II Guerra Mundial muchos japoneses adoptaron nombres de origen inglés mientras que personas que residían en Taiwán cambiaron sus nombres japoneses por nuevos nombres chinos.

<sup>9</sup> Kaleta 1997 confirma esta tendencia dentro del grupo de las lenguas indoeuropeas.

<sup>10</sup> Cf. López Morales 1989, p. 180. Kalkanova 1998 lo comprueba en los nombres usados por los emigrantes búlgaros en EE.UU., que poco a poco han ido renunciando a sus nombres de origen para sus hijos en favor de nombres de origen inglés.

<sup>11</sup> Los estudios onomásticos plantean diversos problemas para el investigador: el primero es lo que podríamos llamar con sutileza «dispersión bibliográfica». El segundo problema, no menor, es eminentemente terminológico. Los vocablos de los que disponemos para denominar los antropónimos situados al margen de los usos oficiales ofrecen algunos matices significativos que dificultan un uso técnico. Por una parte, algunos resultan anacrónicos y están asociados a la forma de nombrar de la Antigua Roma, como *agnomen*, *agnomento*, *cognomen* y *cognomento*; por otra parte, los más usados, *mote* y *apodo* tienen una connotación negativa, que en nada conviene al discurso científico. Otras soluciones quedan también desechadas: así, *apelativo*, porque precisamente muchas veces no se interpela a las personas por su sobrenombre; *alcuña* y *etiqueta*, por ser polisémicos. Queda el uso de *sobrenombre*, que es suficientemente neutro como para no desfigurar la objetividad de nuestro empeño, pero con el inconveniente de ser hiperónimo, es decir, de designar también otros fenómenos lingüísticos que escapan a nuestro interés. La solución, en fin, parece pasar, como tantas veces ha ocurrido en la historia de la Lingüística, por acuñar un término completamente nuevo a partir de raíces cultas o volver a un vocablo ya existente en las lenguas clásicas. Para ello hemos contado con la inestimable colaboración de Elvira Gangutía Elicegui, Juan Rodríguez Somolinos y del resto del equipo del profesor Rodríguez Adrados, encargado de la vasta tarea de elaborar el *Diccionario Griego-Español*. La propuesta que hicieron y que, por supuesto, aceptamos, fue la de recuperar el término *epiclesis*, que equivale a *apodo*, pero desvinculado del estereotipo negativo que este último tiene. Su uso ha estado relegado a la Historia de la Religión pero con un sentido más especializado, el de «advocación» (cf. Bécars 1985). Además, llegado el caso, podría utilizarse el adjetivo *epiclético*. El término ya ha sido empleado en otros trabajos anteriores (cf. Fernández Juncal 2000).

considera que los nombres propios son «nombres muertos», que carecen de significado (aunque sí poseen referencia, claro está) y que sólo sirven para designar, mientras que los apodos conservan parte del significado de los nombres comunes, que no pierden toda la extensión significativa cuando se aplican a la designación de personas. Por consiguiente, el apodo posee un doble valor, como distintivo y como significado referencial pero también para especificar qué cualidad distingue a un individuo dentro de su comunidad.

Letelier 1906, p. 22 resume las condiciones y el desarrollo del proceso de creación de epiclisis con las siguientes palabras:

En las agrupaciones humanas, cada vez más densas, el fenómeno de la homonimia causa crecientes confusiones y dificultades. La libertad de elegir o inventar nombres no alcanza a asegurar a cada individuo una designación inconfundible, y debe recurrirse a procedimientos primarios para distinguir, identificándolos, a dos o más personas que llevan un nombre común y conviven en una misma comunidad o pequeña demarcación geográfica. Nace así el sobrenombre o el simple apodo, forma de adjetivación, de carácter accidental, que no integra la denominación del sujeto, pero que sirve para completar su individualización.

La epiclisis tuvo su forma legal en Roma en la figura del *agnomen*, que consistía en una designación personal que se permitía para aquellos ciudadanos que habían llevado a cabo algún tipo de proeza<sup>12</sup>. Otras veces el origen no era honorífico y constituía un *cognomen*, que se estabilizaba y que se heredaba. En cualquier caso, resolvió el problema que planteaba la existencia de un número muy limitado de *nomina* y *praenomina* y la consiguiente homonimia en las designaciones personales.

El uso de sobrenombres es muy antiguo: de hecho, está en el origen de muchos apellidos actuales. Se podría resumir como un proceso mediante el cual un grupo humano, generalmente pequeño, establece sus propias formas de designación de manera que se origina un sistema de nominación estable y prolongado, que puede afectar a más de una generación y que cubre las necesidades de identificación internas. La función primera que cumplen es, como hemos visto, la resolución del problema homonímico. Según Bromberger 1982, al observar el sistema antroponímico de una colectividad, llama la atención el estrechísimo campo de apelativos individuales: por una parte, los apellidos tienen un número limitado dentro de un pueblo o comarca de ámbito no muy amplio<sup>13</sup>. Por otra parte, los nombres de pila son a menudo similares

<sup>12</sup> Es el caso de Publio Cornelio Escipión *Africano*.

<sup>13</sup> Es usual encontrar sociedades donde los apellidos aparecen repetidos, sobre todo aquellas comunidades que han permanecido aisladas durante tiempo, como el valle de Pas, donde es posible encontrar individuos con el mismo apellido repetido hasta tres veces. Collomp 1983 afirma que en 1760 en las poco más de cien familias de St. André en la Alta Provenza se recogían menos de treinta patronímicos, y además dos tercios de esas familias sólo tenían cinco que compartir.

dentro de una misma familia o incluso dentro de un mismo grupo de edad<sup>14</sup>. Por eso en muchas sociedades el nombre epiclético tiene un papel de mecanismo de control onomástico: garantiza la identificación personal y evita las confusiones debidas a los nombres y apellidos, poniendo de manifiesto la debilidad del sistema de nominación.

La existencia de sobrenombres genera, sin embargo, varias paradojas: si el sistema tiene como función la designación constante y única de un individuo único, parece incomprendible que, como ya advertimos con anterioridad, algunas comunidades permitan e incluso institucionalicen el hecho de que un sujeto reciba nombres diferentes en diferentes etapas de su vida. Pero además, siguiendo a Bromberger 1982, los sobrenombres tienen una función primordial: la integración social, aparentemente contradictoria con la individualización, de forma que la posesión de un nombre epiclético es síntoma de la pertenencia al colectivo<sup>15</sup>.

Por otra parte, los apodos tienen un estereotipo negativo y están vinculados a esferas no cultas, a estratos populares. Como ejemplo de este prejuicio puede servirnos el siguiente párrafo de Perreau 1910, p. 467:

Su existencia encuentra la explicación en la ley del mínimo esfuerzo (...) Ya que sirve sobre todo para reemplazar los nombres por el populacho, que los ignora o los retiene mal, está más extendido en las clases bajas, poco proclives a los esfuerzos intelectuales, incluso rudimentarios y poco atentas a conservar la huella de un estado civil preciso. Es tanto así que esta atrofia intelectual y esta apatía serán más grandes: frecuente en los obreros de las pequeñas ciudades, es muy común en el campo y se vuelve casi general en el mundo del lumpen y de las cortesanas de baja estofa. Menos empleado en las clases más instruidas, se encuentra sin embargo en casi todas las partes.

3. Los datos que presento a continuación son el resultado de una investigación sobre los nombres epicléticos en Santoña, una comunidad semiurbana situada en la costa cantábrica, dedicada mayoritariamente a la pesca, a la elaboración de conserva de pescado y al turismo y los ser-

<sup>14</sup> Podríamos hablar de una generación de las *Vanessa* o los *David* frente a la generación de sus padres con nombres como *M<sup>a</sup> Jesús* o *José Luis* o la de los abuelos *Josefa* o *Marcelino*. A este respecto, cf. Fernández Juncal 2002.

<sup>15</sup> Da cuenta Bromberger 1982 de este fenómeno entre los Guidar en el norte de Camerún: todo individuo recibe dos nombres: uno al nacer que indica el rango y otro, tres o cuatro meses más tarde, que le designa de una forma más personal. Los primeros nombres son idénticos para todos los Guidar: los primogénitos varones *Tizi*, las primogénitas *Keza*; la distinción sexual sigue para los cuatro siguientes hijos pero el quinto, sea cual sea su sexo, se llamara *Madi*, el sexto *Todou*, etc. En este sentido los nombres propios se han convertido en números, que identifican el grado de edad. Podríamos pensar entonces que el sobrenombre es el que sirve para la distinción, pero no es así: normalmente es el nombre del padre, que a su vez es un nombre-número. Así, la mayor parte de los Guidar tienen un nombre compuesto por dos números: el suyo y el de su padre. Eso produce la identificación pero también homonimias. La razón del sistema es más que identificar la de clasificar al individuo dentro de la comunidad, por cuestiones de posición genealógica en este caso.

vicios<sup>16</sup>. El objetivo era, en una primera fase, elaborar una base de datos donde se almacenaran los ítems recogidos bien a través de textos<sup>17</sup>, bien a través de encuestas para más adelante indagar acerca de su uso, su extensión sociolingüística, su origen y su futuro.

El tema elegido presentaba diversos problemas metodológicos: en primer lugar, la selección de informantes exigía no solo considerar los factores estudiados (sexo y edad), sino también la adecuación de los sujetos para desempeñar la tarea, de forma que tenía que tratarse de personas integradas y con amplios conocimientos de la comunidad<sup>18</sup>. En segundo lugar, el cuestionario tenía que ser forzosamente abierto; es decir, la entrevista no podía conducirse a través de preguntas sino a partir de una sola petición: la enumeración de sobrenombres usados u oídos por la persona en cuestión. Después de cada respuesta sí se presentaba una serie de interrogantes acerca del término propuesto: a quién se le aplicaba, su edad, su sexo, la causa y época de su origen y cualquier otro comentario que se deseara efectuar. Pero el problema inicial permanecía, ya que las condiciones de una entrevista no favorecen precisamente la organización y el recuento total de los datos de los que disponía cada informante. La superación de todas estas dificultades se llevó a cabo mediante un sistema simple pero eficaz: ampliar el número de informantes más allá de lo representativo, con reflejo de todas las edades y sexos<sup>19</sup>, y repetir las entrevistas con la esperanza, bien fundada como se vio después, de que nuestro interlocutor hubiera recordado otros términos que añadir a sus respuestas de la primera reunión. Los encuentros siguientes sirvieron además para indagar acerca del conocimiento del sujeto acerca de epiclesis no citadas por él mismo. Los resultados han sido satisfactorios y justifican el esfuerzo de volver a hacer un número de encuestas ya de por sí elevado.

En total se han recogido un conjunto de 664 epiclesis, lo cual parece una cantidad respetable en lo que se refiere a la extensión del fenómeno en la comunidad. Respecto a este número, hay que tener en cuenta dos cuestiones: en primer lugar, resulta imposible fijar con exactitud las dimensiones del objeto de estudio, ya que se trata de un conjunto abier-

<sup>16</sup> Bien es cierto que a lo largo del siglo pasado se ha producido un desplazamiento en la importancia del sector primario en favor del sector terciario, hecho que ha afectado significativamente a la estructura social del municipio y, sobre todo, a los movimientos de población. Esta ha experimentado un aumento constante, desde los 4.758 habitantes del censo de 1900 hasta los 11.534 del último padrón de 2006 (fuente INE).

<sup>17</sup> Como se deduce del fin perseguido, los textos son variopintos: canciones, periódicos locales, recopilaciones de aficionados, versos populares, etc. A esto hay que añadir los datos recabados en una pequeña prospección llevada a cabo unos años antes.

<sup>18</sup> Quedaron rechazadas, por lo tanto, aquellas personas que no hubiesen pasado la mayor parte de su vida en el municipio, al menos tres cuartas partes.

<sup>19</sup> El total de entrevistados fue de 72 personas. Se han agrupado en intervalos de 20 años a partir de los 10 (los casos de menores de esa edad con epiclesis representan un número insignificante).

to, en el que constantemente desaparecen elementos integrantes, bien por desaparición de los portadores de la epiclisis, bien por modas, etc., y también aparecen, con mayor o menor fortuna, sobrenombres nuevos. En segundo lugar, no podemos establecer la aplicación biunívoca entre epiclisis y persona, porque, como veremos, ocurre a veces que un mismo término designa a varios miembros de una familia o a una familia completa y, a su vez, una misma persona puede ser designada por varios apodos. Ocurre esto último cuando se da en esa persona una característica muy acusada que origina la propagación de varios apelativos, uno de los cuales es el que tiene más éxito pero no llega a relegar a los otros con los que entra en competencia<sup>20</sup>.

Podemos afirmar, por lo tanto, que el uso de epiclisis está extendido en la comunidad<sup>21</sup>, algo que empieza a resultar menos frecuente cuando hablamos de poblaciones urbanas, donde las relaciones interpersonales e intersociales no son tan estrechas. Este fenómeno está más asociado a grupos humanos reducidos, donde tiene algún sentido el usar diferentes mecanismos de identificación de sus miembros. Santoña está en ese límite que le permite funcionar como una sociedad bastante cohesionada, donde la mayoría de los miembros conoce a la mayoría, pero que empieza a diversificarse por diferentes motivos (movilidad de las generaciones más jóvenes, incorporación de población flotante, aumento demográfico<sup>22</sup>, etc.). Así pues, estamos en un momento de crisis, donde se aprecian cambios sociales que tendrán su correlato en la extensión del uso de epiclisis.

Pasaremos a continuación a detenernos en la distribución en la aplicación de sobrenombres en los distintos grupos sociológicos que se forman a partir de las variables sexo y edad.

La utilización de sobrenombres para designar a varones es mayor que la que sirve para designar a mujeres. La distribución quedaría así:

	VARONES	MUJERES	FAMILIAS
APLICACIÓN DE EPICLESIS	54,25%	35,19%	10,56%

Cuadro 1. Distribución de epiclisis por sexo

A la vista de los datos parece que la aplicación de epiclisis para de-

<sup>20</sup> Sirva de ejemplo el caso de una persona cuyo físico le hizo ser llamado bien *Dienteputo*, bien *Bocafresca*. Parece que el primero es más usado, pero hay personas que recuerdan y usan el segundo todavía.

<sup>21</sup> Si dividimos la población total entre los sobrenombres recogidos, tenemos una epiclisis por cada 17 habitantes aproximadamente. Esta proporción disminuye si tenemos en cuenta que muy probablemente existen sobrenombres que no han sido recogidos y que muchos de ellos se aplican a familias enteras.

<sup>22</sup> Sirva como muestra el hecho de que entre 1996 y 2006 se triplicó la presencia de inmigrantes extranjeros.



signar personas es un fenómeno que afecta más a los hombres; las razones que justifican esta situación no la podemos encontrar en la propia estructura demográfica de la población, donde apenas hay una diferencia significativa a favor de los varones<sup>23</sup> que pudiera justificar el correspondiente uso.

Resulta más razonable pensar que, quizás, al ser la asignación de sobrenombres un fenómeno consecuencia de los contactos sociales, sean los hombres los que tengan más posibilidades de poseer ese tipo de denominación. No hay que olvidar que tradicionalmente son los hombres los que hacen una vida más pública, fuera del ámbito doméstico, bien por razones laborales, bien como resultado de la distribución cultural de roles entre los dos sexos. Hay otra circunstancia que permite explicar la menor influencia del fenómeno en el grupo de mujeres: en los sistemas antroponímicos los mecanismos que permiten la fijación de la herencia se han llevado a cabo tradicionalmente a través de la rama masculina de las familias, mientras que para las mujeres ha primado el concepto de originalidad. Así lo comprobamos en un trabajo anterior

(...) las mujeres escapan con más facilidad de la continuidad en los nombres en favor de seguir pautas de individualismo. Así, sus nombres parecen más afectados por el deseo de ser originales y diferenciadores (...) Podría deberse, como decíamos al principio, a que se trata de una sociedad de tipo patriarcal donde la sucesión se hace de forma patrilineal. Por esta misma razón, se da la circunstancia de que las mujeres socialmente no son propietarias de sus apellidos en la misma medida que los varones (...) Quizá sea por eso por lo que el nombre funcione como un mecanismo que permita a la mujer ser identificada sin tener que recurrir al apellido, más necesario en el caso de los varones, cuyos nombres son más habituales<sup>24</sup>.

La posesión de una marca identificadora a través del nombre de pila explica en cierto modo que el valor individualizador de la epiclisis sea menor en el ámbito femenino mientras que la herencia de nombres y la repetición de apellidos que se da para los hombres en entornos rurales y semiurbanos favorece el mayor empleo de otras formas de denominación.

Sin embargo, hay que advertir que las diferencias de los resultados de varones y mujeres no parecen excesivamente marcadas, no son reflejo de un medio en el que se detecte una fractura sociocultural entre ambos sexos. Si la asignación de un sobrenombre tiene mucho que ver con la participación en la vida social de la comunidad, habrá que concluir que las mujeres en Santoña no han permanecido alejadas de ella. Efectivamente, frente a otros lugares donde las mujeres han desarrollado su labor en el ámbito doméstico, en este caso han sido ellas las que se han dedicado a la industria local por excelencia, la conservera, lo que ha

<sup>23</sup> La diferencia en la distribución demográfica entre hombres y mujeres es apenas de un 1%.

<sup>24</sup> Fernández Juncal 2002, p. 263.



proporcionado a su trabajo un peso decisivo en la economía familiar<sup>25</sup> y ha ampliado considerablemente su red de lazos sociales. Esta situación explica que los datos en la aplicación de epiclisis a los dos sexos no muestren diferencias excesivamente acentuadas.

Pasemos a ver a continuación cómo se refleja la edad en el uso y en la aplicación de epiclisis. Resulta complicado determinar la incidencia de esta variable, ya que el mero dato de la edad de la persona que tiene asignado un sobrenombre no es suficiente para explicar otras cuestiones que resultan de interés, como la del desarrollo cronológico del fenómeno dentro de la comunidad, la extensión del uso de epiclisis como medio de identificación, etc. Tenemos, por lo tanto, que considerar dos edades, la del individuo que porta el nombre y la de las personas que utilizan ese término para reconocer a esa otra persona. Como se puede deducir, los grupos etarios no son impermeables entre sí, y sucede que un término que se aplica a una persona de edad avanzada es usado también por gente joven para referirse a él y viceversa. Sin embargo, cabría esperar que hubiera paralelismos entre la edad del portador y la edad de los usuarios. Es lo que intentaremos confirmar o refutar a continuación.

La distribución de las epiclisis según las edades de sus portadores es la siguiente<sup>26</sup>:

APLICACIÓN DE EPICLESIS	10-29 años	30-49 años	50-69 años	+70 años
%	16,21	24,24	45,48	27,56

Cuadro 2. Aplicación de epiclisis por grupos de edad

Los resultados contrarían las pautas de la pirámide poblacional: así, son los jóvenes los que menos sobrenombres tienen asignados frente a las generaciones mayores, que muestran índices más elevados. En la interpretación del cuadro hay que tener en cuenta dos circunstancias: por una parte, es lógico que en la edad juvenil existan menos epiclisis porque las particularidades que suelen dar lugar al fenómeno son muchas veces sobrevenidas a lo largo de la vida<sup>27</sup>. Por otro lado, para las epiclisis que afectan a familias completas o a varias generaciones de una familia, se produce un efecto que no se refleja en los datos: el sobrenombre como marca individualizadora pasa a convertirse en una especie de apellido común de los descendientes del portador original y

<sup>25</sup> En muchos casos representa el único ingreso fijo frente a la inestabilidad de los ingresos que obtienen los pescadores.

<sup>26</sup> Para la comprensión del cuadro hay que tener en cuenta que algunos sobrenombres son aplicados a personas de la misma familia pero de distintas generaciones.

<sup>27</sup> Los orígenes más comunes de la epiclisis se encuentran en los rasgos físicos y de carácter, anécdotas de la vida, profesiones, gentilicios y epónimos. La mayoría de estas causas operan en personas adultas. A este respecto cf. Fernández Juncal 2000.

afecta, en la mayoría de los casos, a más de una persona, lo cual podría distorsionar las cifras finales.

Podría parecer que la distribución que encontramos es aparentemente no lineal, ya que la curva resultante marcaría un repunte en la generación de los de más de 50 años, pero hay que considerar que el número de integrantes de cada generación puede influir en la percepción de la implantación del fenómeno. Si trasladamos el número de epiclesis al reparto de la población total para cada grupo de edad, observamos que se han producido modificaciones sustanciales.

PORTADORES DE EPICLESIS	10-29 años	30-49 años	50-69 años	+70 años
%	3,63	4,51	11,96	12,37

Cuadro 3. Proporción de portadores de epiclesis por grupos de edad

Estamos ante un patrón lineal que refleja una relación directa entre edad y presencia de epiclesis con un salto significativo entre la segunda y la tercera generación<sup>28</sup> y con una alta concentración del fenómeno en los dos grupos de mayor edad.

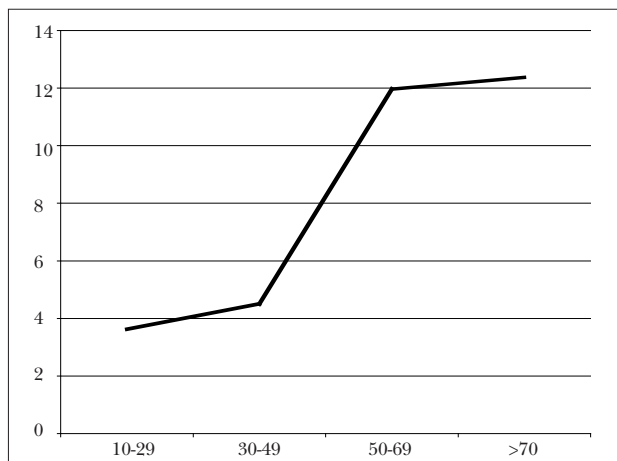


Gráfico 1. Aplicación de epiclesis

Cuando se constata un modelo de comportamiento sociolingüístico de esta índole, la conducta de los hablantes de más edad, a grandes rasgos, parece ser más fiel que la de los jóvenes a los usos tradicionales, lo cual representa un mayor conservadurismo y una actitud de rechazo a fórmulas nuevas. Esa actitud se manifiesta unas veces en el mantenimiento de formas vernáculas, lo que representa un alejamiento de la

<sup>28</sup> Sería un «patrón de estratificación abrupta». Cf. Moreno Fernández 1998.

norma estándar, y otras, en la no incorporación a su habla de nuevas formas no normativas, lo que constituye, por el contrario, una manera de aproximarse a las reglas de prestigio y a la lengua estándar<sup>29</sup>. Este patrón es especialmente recurrente en los estudios llevados a cabo en el medio rural, en el que los usos dialectales van cediendo el lugar a usos más normativos<sup>30</sup>. Los estudios coinciden en afirmar que en ese medio se advierte una variedad de índices de normalización lingüística según las diferentes generaciones, y que de esta variedad no es sólo responsable la edad sino también otros factores de normalización que suelen ir asociados a ella en los núcleos rurales<sup>31</sup>. Para nuestro caso, este patrón nos hace pensar que estamos ante un fenómeno vivo en la comunidad pero en retroceso, del que participan en menor medida las generaciones más jóvenes.

Resultaría conveniente comprobar si este modelo se repite en el empleo activo del fenómeno. En el cuadro 4<sup>32</sup> se recoge la proporción de epiclisis empleadas por cada grupo dentro de las recogidas en nuestra muestra y se observa cómo hay una modificación del esquema anterior, sobre todo en lo que concierne al proceder de las generaciones intermedias.

USO DE EPICLISIS	10-29 años	30-49 años	50-69 años	+70 años
%	21,55	53,46	74,69	35,29

Cuadro 4. Distribución de uso de epiclisis por grupos de edad

La generación entre 50 y 69 años vuelve a ser la que mayor número de sobrenombres conoce y emplea para designar a sus vecinos; esto no ha de extrañarnos porque es también el grupo que posee mayor presencia de nombres epicléticos entre sus miembros. No obstante, contrariando los datos de los cuadros 2 y 3, la proporción de uso de epiclisis aumenta en el grupo de edad inmediatamente más joven, de manera que la curva resultante tendría la siguiente forma:

<sup>29</sup> Son, por ejemplo, los casos que recoge Etxebarria 1985 en su estudio sobre el léxico de Bilbao.

<sup>30</sup> Es también el modelo que describe los procesos de desplazamiento de una variedad lingüística minoritaria frente a una variedad más prestigiosa. Resulta paradigmático el caso que describe Gal 1979 en Oberwart, donde el alemán se impone generacionalmente frente al ver-náculo húngaro.

<sup>31</sup> Pueden servirnos de ejemplos de pautas de comportamiento similares a las descritas las recogidas en los trabajos en el medio rural de Borrego Nieto 1981, González Ferrero 1991 o Fernández Juncal 1998.

<sup>32</sup> Los porcentajes se refieren a la proporción de epiclisis dentro de las documentadas conocidas y empleadas por cada generación, independientemente de que se apliquen o no a individuos de su mismo grupo de edad.

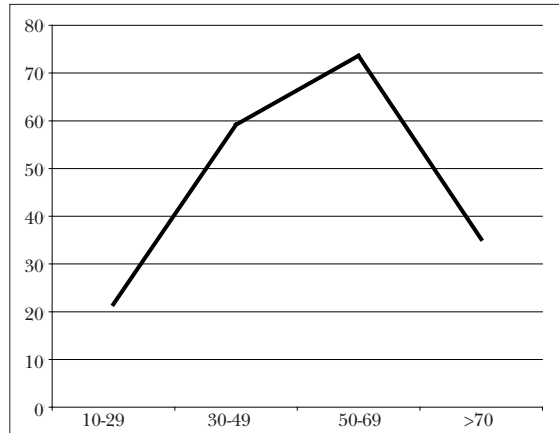


Gráfico 2. Uso de epiclesis

Para ilustrar la distribución de uso habría que tener en cuenta las siguientes consideraciones: en primer lugar, se produce un efecto de contigüidad de una generación en la siguiente, de forma que la generación con cifras más elevadas usa los sobrenombres de sus coetáneos y también los de la generación anterior, pero es más difícil encontrar el fenómeno contrario. En segundo lugar, el uso de una epiclesis está afectado por dos factores determinantes: el que sea compartido por varios miembros de una familia en diferentes tramos de edad y el relieve social de la persona afectada por el apodo.

Admitiendo que esos puntos de partida afectan a todos los grupos etarios, resulta necesario explicar el comportamiento de las generaciones extremas y, sobre todo, del grupo de edad de entre 30 y 49 años. Este muestra cifras que indican amplio conocimiento y empleo del sistema de sobrenombres local. Podríamos explicar esta conducta como consecuencia de la acción de un patrón curvilíneo; es decir, en términos de presiones hacia las distintas generaciones. Son los grupos de edad centrales los que están en plena etapa laboral y los que tienen más contacto con otros grupos y otros valores sociales, cuyas vidas son más públicas, en definitiva. Consecuentemente, la presión que experimentan viene desde el exterior.

There is a general agreement that in their middle years people are most likely to recognise the society's speech norms and use the fewest vernacular forms. Conversely, it is in middle age that they are most likely to use more standard forms, The use of standard or prestige forms peaks between the age of 30 and 55 when people experience maximum societal pressure to conform<sup>33</sup>.

Así, Cheshire 1987 ha constatado la existencia de un patrón curvilí-

<sup>33</sup> Holmes 1982, p. 186.

neo, donde las formas menos prestigiosas son usadas con más frecuencia por los jóvenes y por los ancianos. La edad madura del individuo coincide con su plena integración social, con un desarrollo de su actividad pública y con una aceptación de los valores dominantes. Pilcher 1995, pp. 81-97, caracteriza la etapa adulta de los individuos por la presencia de elementos como el dominio del mundo social y el control de las fuentes materiales tanto personales como institucionales; de ahí que pueda ser considerada como un periodo vital ligado al prestigio y al estatus. Para los hablantes más jóvenes las influencias sociales más importantes proceden de su grupo de pares; es decir, lingüísticamente están más influidos por sus amigos y colegas que por otros, y consecuentemente el prestigio que pudiera tener la lengua estándar es relativamente débil. La mayoría de los estudios sobre el lenguaje juvenil coincide en que los adolescentes emplean las frecuencias más altas de formas vernáculas, especialmente si se trata de rasgos que la comunidad considera o identifica como no normativos. Como el argot, estas formas son marcas de pertenencia a un grupo y de solidaridad interna. Después, a medida que los hablantes se hacen mayores y empiezan a trabajar, y movidos de la necesidad de progresar social y económicamente, por alcanzar el éxito social, se mueven en unas redes sociales más amplias, menos cohesivas y más afectadas por la corriente de valores sociales. En esa etapa, la variedad normativa se convierte en un instrumento que colabora en la consecución de sus fines, y, en consecuencia, están más influidos lingüísticamente por ella. Para las personas de más edad, ya retiradas, las presiones sociales son de nuevo menores, el éxito se ha alcanzado ya (o no) y las redes sociales vuelven a ser más estrechas.

Para el fenómeno que nos ocupa, la mayor asignación de epiclisis no tendría que ver con la menor o la mayor incidencia de la variedad normativa o de los usos vernáculos sino con la participación activa en la vida comunitaria. De esa forma, se produce con más intensidad en los dos grupos intermedios de edad, los que están en el centro de la vida social del municipio. Este será el momento en el que será más o menos necesario buscar un sistema de identificación de los otros individuos, más allá de su nombre y apellidos. La existencia de un patrón curvilíneo constata que la generación intermedia es más susceptible a la presión social, independientemente de que esta se produzca en dirección normativa o vernácula.

Sin embargo, y en consonancia con los datos relativos a la aplicación de epiclisis, se aprecia que la curva que refleja el espectro de uso no es simétrica, de forma que la generación más joven muestra un claro retroceso del fenómeno frente a unos índices que implican mayor vitalidad dentro del grupo de edad más avanzada. Se trata, por lo tanto, de un patrón curvilíneo pero en el que se observa una tendencia hacia el declive del fenómeno. Se da además la circunstancia de que el efecto de

contigüidad del que hablábamos anteriormente se va desvaneciendo en las dos generaciones más jóvenes, que naturalmente conocen y emplean las epiclesis de su grupo pero no acumulan las de los grupos precedentes en la medida en que ocurría para el grupo de 50 y 60 años.

Sería interesante comprobar si el peso de uno u otro patrón se puede apoyar en otros datos, determinar para ello cuál es la vitalidad del fenómeno, no en la aplicación, conocimiento y uso de epiclesis, sino en su creación. En el cuadro 5 aparecen la distribución cronológica de los sobrenombres, clasificados de acuerdo con la época en que se originaron<sup>34</sup>.

ÉPOCA DE CREACIÓN DE EPICLESIS	Antes de 1960	1961-1980	1981-1999
	57,67%	29,37%	12,96%

Cuadro 5. Distribución cronológica de las epiclesis

La progresión negativa en la regeneración y mantenimiento del fenómeno hasta nuestros días va a un ritmo acelerado, de forma que en las décadas de los 60 y 70 se creó casi un tercio menos de epiclesis que en el periodo anterior, y, a su vez, en la década de los 80 y la de los 90 sólo apareció casi un tercio de sobrenombres respecto a los veinte años previos. Si bien es cierto que la herencia de sobrenombres puede interferir en la interpretación del cuadro, parece que nos encontramos de nuevo ante una secuencia lineal, como se observa en el gráfico 3.

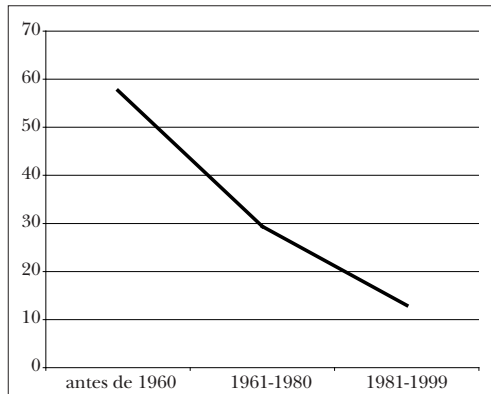


Gráfico 3. Creación de epiclesis

<sup>34</sup> Para la interpretación de estos datos hay que tener en consideración que a) hemos tenido que movernos en márgenes de tiempo muy amplios y, en ocasiones, asimétricos, dada la imposibilidad de establecer con precisión la fecha exacta de creación de la mayoría de los casos y b) por la misma razón, era difícil determinar la pertenencia de una epiclesis a uno u otro grupo ante respuestas vagas (alrededor de los 60); en esos casos se optó por incluirlos en el intervalo que hubiera obtenido la mayoría de las respuestas.

La determinación del desarrollo cronológico de la epiclisis nos permite conjeturar su aplicación y su utilización en el futuro, calibrar, acudiendo al concepto laboviano de «cambio lingüístico en tiempo aparente», la dirección que está tomando el fenómeno. Bien es cierto que solo la repetición de la investigación en un futuro no muy lejano permitirá comparar dos épocas y, por lo tanto, establecer el rumbo del fenómeno en tiempo real<sup>35</sup>. Sí podemos observar que la epiclisis como marca identificatoria personal se mantiene, por lo general, a lo largo de toda la vida. En algunos casos, los descendientes heredan el sobrenombre: en otros casos, desaparece cuando desaparece la persona que lo portaba. Por lo que se ha visto, los más jóvenes no están inmersos ni activa ni pasivamente en el fenómeno. El rechazo a formas heredadas se manifiesta, por una parte, en un considerable descenso en el uso de epiclisis como marcas de identificación, y, por otra parte, en la tímida utilización de nuevos sobrenombres que no llegan a prosperar fuera del grupo donde fueron creados. El aumento demográfico dificulta las relaciones intercomunitarias estrechas; se ha incrementado considerablemente la movilidad de las generaciones jóvenes; el peso de la cultura de masas es cada vez más decisivo, y, por si fuera poco, el empleo de epiclisis tiene una connotación negativa, que la asocia al medio rural.

Por consiguiente, podríamos conjugar ese efecto cíclico de madurez social del que hemos hablado con anterioridad con diversos síntomas de hallarnos ante un proceso de debilitamiento, los cuales trazan un patrón de cambio. En nuestra opinión, la conjunción de ambos modelos recoge las sutilezas del fenómeno: marginal pero activo dentro del sistema antroponímico de la comunidad, no estándar pero elemento constituyente de la norma interna, con estereotipo negativo pero con marca social positiva de integración.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJO PÉREZ, E. (2002): *La caracterización morfosintáctica del nombre propio*, La Coruña, ToxoSoutos.
- BÉCARES BOTAS, V. (1985): *Diccionario de terminología gramatical griega*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- BORREGO NIETO, J. (1981): *Sociolingüística rural*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- BROMBERGER, C. (1982): «Pour une analyse anthropologique des noms de personnes», *Langage* 66, pp. 103-124.
- CHESHIRE, J. (1987): «Age and generation-specific use of language», en Ammon, U. Dittmar N. y Mattheier, K. (eds.), *Sociolinguistics: an international handbook of the science of language and society*, vol. I, Berlín, Walter de Gruyter, pp. 760-767.

<sup>35</sup> Para la definición de estos conceptos y su revisión, cf. Labov 1963, 1994 y 2001 y Romaine 1996.



- COLLOMP, A. (1983): *La maison du père: famille et village en Haute-Provence au XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup> siècles*, París, PUF.
- ETXEBARRIA AROSTEGUI, M. (1985): *Sociolingüística urbana. El habla de Bilbao*, Salamanca, Universidad de Salamanca/Universidad de Deusto.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1964): «Nuer modes of address», en Hymes, D. (ed.), *Language in culture and society*, Nueva York, Harper and Row, pp. 221-228.
- FERNÁNDEZ JUNCAL, C. (1998): *Variación y prestigio. Estudio sociolingüístico en el oriente de Cantabria*, Madrid, CSIC.
- (2000): «Modos de formación de la epiclisis», en Borrego Nieto, J. y otros (eds.), *Cuestiones de actualidad en lengua española*, Salamanca, Universidad de Salamanca / Instituto Caro y Cuervo, pp. 229-234.
- (2002): «Algunos datos socionomásticos de una comunidad de la región funcional de Salamanca», en Bartol Hernández, J. A. y otros (eds.), *Nuevas aportaciones al estudio de la lengua española. Investigaciones filológicas*, Salamanca, Luso-Española de Ediciones, pp. 257-264.
- GAL, S. (1979): *Language shift: social determinants of linguistic change in bilingual Austria*, Nueva York, Academic Press.
- GONZÁLEZ FERRERO, J. C. (1991): *La estratificación sociolingüística de una comunidad semiurbana: Toro (Zamora)*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- HOLMES, J. (1992): *An introduction to sociolinguistics*, Londres/Nueva York, Longman.
- INOUE, F. (2002): «Proper names as a symbol of acculturation in East Asia», en Boullón Agrelo, A. I. (ed.), *Actas do XX Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- KALETA, Z. (1997): *The surname as a cultural value and an ethnic heritage: tracing your Polish roots*, Varsovia, Slawistyczny Ośrodek Wydawniczy przy Instytucie Slawistyki PAN.
- KALKANOVA, T. (1998): «Proper names of Bulgarian immigrants in the US», XXX-VIII<sup>th</sup> annual programs of the names institute, (comunicación en congreso).
- KRIPKE, S. A. (1972): *Naming and necessity*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1980.
- LABOV, W. (1963): «The social motivation of a sound change», *Word* 19, pp. 273-309.
- (1994): *Principles of linguistic change. Volume I: Internal factors*, Oxford, Blackwell.
- (2001): *Principles of linguistic change. Volume II: Social factors*. Oxford, Blackwell.
- LIEBERSON, S. (2000): *A matter of taste*, New Haven, Yale University Press.
- LETÉLIER, V. (1906): *Ensayo de onomatología o estudio de los nombres propios y hereditarios*, Santiago de Chile, Librería Inglesa de Hume y Co.
- LÓPEZ MORALES, H. (1989): *Sociolingüística*, Madrid, Gredos.
- MORENO FERNÁNDEZ, F. (1998): *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona, Ariel.
- PERREAU, E. H. (1910): *Le droit au nom*, París, Recueil Sirey.
- PILCHER, J. (1995): *Age and generation in modern Britain*, Oxford, Oxford University Press.
- PLINER, A. (1966): *El nombre de las personas*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot.
- ROMAINE, S. (1996): *El lenguaje en la sociedad: una introducción a la Sociolingüística*, Barcelona, Ariel.